

# REUNIÓN LACANOAMERICANA 2019

## LA PLATA

### *Isabel y Victoria: vaginas dentadas*

*Anabella Ottaviani*

Este es un trabajo interesado en investigar qué le puede aportar el psicoanálisis al feminismo.

Parto de donde no podría ser otro, para mí, el lugar, que es la clínica.

Hace cierto tiempo que escucho dos motivos de consulta que insisten.

Chicos adolescentes, que no saben cómo acercarse a una chica; que, cuando gustan de una, quisieran probar si hay onda, y lo que padecen no es de inhibición, más bien es de terror: “¿Y si me dice que la estoy acosando? ¿Y si me escracha?”

Por otro lado, cito a una jovencita que me inquiere, azorada: “No se me acerca nadie, no sé qué pasa, cómo puede ser...”.

Dos minutos antes me contaba de una publicación, que había compartido, sobre los hombres que son unos animales y donde dos pibas se burlan de un pibe que no había entendido que “¡No se refiere a todos, nabo!”

-O es animal o es nabo... ¿Quién se acercaría?- Interrogo.

Y me empecé a preguntar: ¿Qué pasa hoy, particularmente, donde se quejan de que no hay encuentro?

Con lo que me encontré yo, en el despliegue de este interrogante, fue con una pregunta de Lacan, en la clase 5 de RSI: interroga al auditorio respecto de si alguien sabe de un librito, del cual dice que, si bien no ha podido abandonarlo hasta terminarlo, no ha tenido tiempo de triturarlo, aunque lo merezca.

Sería necesario decir, para hacerlo entrar en su discurso, a ese libro, retorcerlo, disecarlo, exprimirlo. Yo me tomé, siguiendo su consejo, algún tiempo; y también, para leer otro al que también alude. Dos. Se trata de las novelas biográficas que escribió Lytton Strachey sobre los vínculos de las reinas de Inglaterra, Isabel y Victoria, la una con su esposo y la otra con su último amante. No podría decir, ni mucho menos, que los haya exprimido, pero hasta donde he podido, mi intención ha sido hacerlos entrar en discurso, hacer lazo con ellos y por eso decidí que mi trabajo sería sobre este tema que estuve investigando, hasta donde pude llegar, con mis preguntas abiertas para compartir.

No implicó ningún problema conseguir *Reina Victoria*, pero dar con *Isabel y Essex* fue una empresa ardua. Durante meses lo busqué hasta que lo encontré.

¿Por qué tanto empeño?

Es que me producía escozor una pregunta, que Lacan planteaba en esa clase.

*“¿Por qué Alberto no sufrió la misma suerte que Essex?”*

Afortunadamente yo no sabía cuál había sido, porque sino, tal vez, no hubiera movido tanto cielo y tierra para conseguirlo; y, por suerte para mí, pude leer ese libro sosteniendo todo el enigma necesario, hasta el pavoroso final.

En cuanto al librito de Victoria, que Lacan invita a leer, entiendo que su importancia para él radica en mostrar, en volvernos sensible, que el amor nada tiene que ver con la relación sexual. La mujer no existe, sino de a una. Y una mujer aislada, en Inglaterra, una reina, nos lo enseña, nos dice.

Alberto, el príncipe consorte, no tenía ninguna inclinación hacia las mujeres. Pero, afirma Lacan, *“cuando uno encuentra una vagina dentada de la talla excepcional de la reina Victoria... una mujer que es reina es lo que se hace mejor como vagina dentada”* (1)

Incluso dice que es una condición esencial para una reina y en ese punto es que dice que también lo era Isabel...y que eso tuvo algunas consecuencias para el conde de Essex.

¿Pero por qué Alberto no sufrió su misma suerte?

Lacan vacila...“No es seguro que no la haya sufrido, porque murió muy tempranamente (...) de una muerte que se llama natural” (2); y, mirándolo bien de cerca, dice, ilustra maravillosamente la verdad de la no relación sexual.

Desde mi punto de vista, y hasta donde pude triturar estos textos, Alberto y Essex

no tuvieron la misma suerte...

Decía entonces que el valor de este libro radicaba, según Lacan, en dejar en claro que el amor no tiene nada que ver con la relación sexual. Pero uno se pregunta, y con razón, de dónde surge esa provocación que, de golpe, surge en su boca y causa impresión, rechazo: *“Cuando uno encuentra una vagina dentada”* Yo, una vez, había visto una película donde una muchacha tenía una vagina dentada de la cual hay noticia a partir de un abuso durante su infancia y, desde ese entonces, en cada situación coital castraba al abusador. Pero, para Lacan, una vagina dentada es una mujer que, causando el deseo del hombre, lo viriliza.

Una escena en esa novela revela el momento de transformación de Victoria en tal cosa, dando cuenta del cambio de posición de Victoria respecto del poder y del amor, acentuando el “y”, como conjunción entre ambos, respecto de cómo una mujer se posiciona allí.

El poder es indiscutible, se trata de la reina de Inglaterra, quien gobierna desde 1837 hasta 1901, año en que deja el trono sólo porque se lo arrebató la muerte, a los ochenta y dos años. Ya siendo reina se casa con Alberto. El autor destaca sobre éste que, al comienzo de la relación, “el interrogante era si poseía cualidades mentales para ser el marido de la reina”. Aunque lo describe bienintencionado, inteligente, y culto, a la vez pone en cuestión su fortaleza para ocupar el lugar de príncipe; habiendo tenido como referente Victoria, hasta ese momento, a Lord Melbourne y sobretodo, por el hecho de ser un extranjero.

Por su parte, Alberto había sido un niño que a los cinco años había manifestado desagrado y furia por una chiquilla que le acercaron para bailar. Sentía por las mujeres una aversión que, de grande, aprendió a disimular. Pero su mentor, el barón de Stockmar, sagaz observador, notaba su falta de disposición hacia las mujeres y su indiferencia.

De Victoria, dice Strachey, no estaba enamorado. Le gustaba, pero lo que más le gustaba era saberse el elegido; sintió, primero, ambición y luego un fuerte sentido del deber, de hacer el bien, de exhibir la nobleza, la virilidad y la conducta de un príncipe. Así, se propuso vivir y sacrificarse en beneficio de su nuevo país. Y eso es lo que hizo.

Pero una vez casados, comprobó lo complicado de su posición. Políticamente era un cero a la izquierda y tampoco era dueño en su propia casa. Cada detalle de la vida doméstica era supervisado por terceras personas y lo peor era que nada de eso a Victoria le parecía mal. *“¿Acaso él era la esposa y ella el marido?”*(3)

*“Era natural que una situación tan peculiar como ésta, en la que los elementos de poder, de pasión y de orgullo estaban distribuidos de manera tan extraña, cada tanto hubiera algo*

*más que meros roces: era más bien la lucha de dos voluntades llenas de furia. Ni Alberto ni Victoria estaban acostumbrados a desempeñar un papel secundario y el malhumor y la arbitrariedad de Victoria se hicieron notar”.(4)*

Hay un pasaje importante del texto, donde Strachey se hace eco de un relato, quizá mítico, pero que, como tal, resume lo central del caso y, a la vez, cómo la “Reina” llega a ser la “esposa de Alberto”:

*“Cuando cierto día, enfurecido, el príncipe se encerró en su habitación, Victoria, no menos furiosa, llamó a la puerta. “¿Quién es?”, preguntó él. “La reina de Inglaterra”, fue la respuesta de Victoria. El no se movió y hubo otra andanada de golpes a la puerta. La pregunta y la respuesta se repitieron varias veces; pero al fin se produjo una pausa y, luego, unos golpes más suaves. “¿Quién es?”, fue la pregunta inexorable. Esta vez la respuesta fue diferente. “Tu esposa, Alberto”. Y la puerta se abrió de inmediato”.(5)*

“Sólo el amor permite al goce condescender al deseo”, solemos repetir, pero esta escena me permitió darle cuerpo a este aforismo, que cobrara pleno sentido y claridad.

No obstante, no fue eso lo más interesante que me pasó: acto seguido produje un lapsus y me encontré diciendo:

*Sólo el Edipo permite al goce condescender al deseo...*

Y me orienté nuevamente por esa vía, impensada hasta allí, en la búsqueda de algunas hebras, con las que dar cuenta de la trama edípica de ambas reinas.

Por este sesgo es que llegaremos a Isabel, pero todavía no.

Hay una escena que encontré en la primera parte, titulada por Strachey: “Antecedentes”.

Muchos años antes de que Victoria naciera, el príncipe Leopoldo- quien en el futuro sería su tío y su figura paterna fundamental, una vez fallecido su padre, siendo ella muy pequeña- vive con su esposa, la princesa Carlota, la misma situación: una escena muy semejante a la recién descrita entre Victoria y Alberto.

Leopoldo “se enfrentaba con la tarea de domesticar a una princesa revoltosa. De temperamento frío, sereno en su manera de hablar, cuidadoso en su actitud, muy pronto logró dominar a esa muchachita impetuosa, generosa y un poco salvaje que tenía junto a él. Descubrió que en ella había muchas cosas que él no podía aprobar: era burlona, tenía pataletas, reía a carcajadas; carecía casi por completo del autocontrol que se requiere en una princesa y sus modales eran abominables, De esto último él era un juez excelente, puesto

que solía moverse-*como el mismo le explicó a su sobrina muchos años más tarde*-en la mejor sociedad europea (...) Entre ambos surgían constantes fricciones, pero después *cada escena terminaba de la misma manera. De pie frente a él como un chiquillo rebelde en enaguas, el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos detrás de la espalda, las mejillas encendidas y un brillo intenso en los ojos, ella finalmente decía que estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera. “Si tú lo deseas lo haré”, decía. “No quiero nada para mí”, era la respuesta invariable de él, “cuando te exijo algo es porque estoy convencido de que es lo mejor para ti”*(6)

En su niñez, la ligazón amorosa, paterna, de Victoria con Leopoldo, era la que la sacaba, salvaba, de un reinado de mujeres asfixiante, su madre a la cabeza. Esa ligazón se desanuda una vez Reina para, rápidamente, enlazarse primero a Lord Melbourne y luego, en el amor por Alberto.

Victoria se dirigía al amor por los hombres para salvarse, para no quedar en el reino de sólo mujeres. Por amor, el goce, el poderío ilimitado materno, encontraba su límite en una asfixia que hacía desear una falta: hacía falta que viniese el tío a llevarla a un delicioso ambiente masculino.

La trama edípica de Victoria está marcada por el amor al padre, de quien toma su primer relevo. Así, el modo de su amor por Alberto tuvo la marca de la identificación a su tía, la princesa díscola con la que Leopoldo se casó.

Dejaré para el final lo sucedido con Victoria luego de la temprana y dolorosa pérdida de Alberto, para introducir a la otra Reina en cuestión, con el objeto de comparar en mi conclusión el final de ambas.

Lo primero que señalaré de Isabel es que era la hija de un femicida.

Dado que, tal vez recordarán, Su padre fue Enrique VIII y su madre, Ana Bolena.

Brevemente esto, el rey estaba casado con Catalina de Aragón. Al no darle ésta un hijo varón, la repudia y rompe con la Iglesia católica en el acto de divorciarse para casarse con Ana. Cuando ella tampoco le da el ansiado varón, puesto que quien nace es Isabel, frustrado y furioso, la acusa de traición y la manda decapitar. Isabel no sólo pierde a su madre, con dos años, de esta terrible manera, sino que es rechazada por el padre, declarada bastarda y alejada de la corte, hasta sus dieciséis años.

Con la llegada de la vejez, el Rey algunas mejores cosas hizo; como que, en la prueba de casarse y divorciarse sucesivamente, la última de sus esposas fue la más amorosa, y logró

que fueran aceptadas y reconocidas nuevamente, tanto Isabel como María Tudor.

Strachey, respecto del calificativo con el que Isabel quiso hacerse nombrar, “la Reina Virgen”, nos otorga una mirada interesante:

Su vida emotiva estuvo desde sus inicios sujeta a extraordinarias tensiones. Los años tan específicamente impresionables de la primera infancia fueron para ella un período de excitación, terror y tragedia. Es posible que ella recordase el momento y el modo en que su madre le fuera arrebatada violentamente por su padre. Su suerte a partir de allí mudaba sin cesar; tan pronto mimada como abandonada, un día era heredera al trono de Inglaterra y al siguiente, bastarda proscrita. Luego, una vez muerto el Rey, fue seducida por el nuevo marido de Catalina Parr, hasta que ésta, enterada, la envió lejos. Y hasta tuvo que defenderse de las acusaciones de conjura y de estar encinta de Thomas Seymour.

En tales horribles circunstancias transcurrieron su infancia y pubertad, No extraña que su madurez resultara marcada por una anormalidad nerviosa, expresa el autor.

Apenas habiendo subido al trono comenzó a recibir presiones del Parlamento para que se case. Pero a ella le desagradaba el matrimonio y no se casaría. Hasta que la edad la libró de la controversia resistió los apremios y el mundo estaba perplejo por su actitud insólita. No obstante, su temperamento no estaba petrificado en castidad de hielo, alcontrario. Los personajes masculinos la inundaban de deleitosa agitación.

En cuanto a su repugnancia hacia el decisivo acto de la cópula pudo determinarse, dice, en el momento crítico, por un estado de convulsión histérica, acompañado de dolor intenso. Todo conduce a pensar, continúa, que ése era el caso de Isabel, como resultado de las profundas alteraciones psicológicas sufridas en su niñez. “Odio la idea de casarme-confió a un cercano-por motivos que no confiaría ni a un alma gemela”. Pero le gustaba jugar y jugaba. “Si en el fondo de su ser el deseo físico se había trocado en repulsión no había desaparecido por completo. Incluso cerca ya de la vejez no cesaron sus excitaciones emotivas, quizás al contrario, lo que hicieron fue acentuarse. Y recibía de los jóvenes que la cortejaban manifestaciones expresivas de pasión sentimental” (7)

En esta etapa de su vida se inicia la dramática historia amorosa de Isabel y el conde de Essex. Ella tenía, a la sazón, cincuenta y tres años, él no había cumplido veinte.

De esta novela diré, en primer lugar, que las escenas entre ellos giran repetitivamente en la misma secuencia, de principio a fin. Y, como sabemos que sucede con la repetición, bien decía Freud que es demoníaca, siempre se repite peor...Pero lo que más me importa es que encontré la escena opuesta a la que situé antes, entre Victoria y Alberto.

Incansable, el que demanda, protesta, ruega, y exige favores es Essex: niño caprichoso, impulsivo y díscolo. La Reina, debidamente lisonjeada, finalmente accede. Essex fracasa en sus empresas y ella, furiosa, le cierra la puerta varios días, tras lo cual él queda abatido, francamente deprimido, escribiéndole lastimeras cartas. Un día ella decide que lo castigó suficientemente y le abre nuevamente el acceso a sus aposentos.

Pero ese supuesto triunfo, en definitiva, será la ruina del atolondrado y atormentado Essex.

Ahora sí: vamos a los finales de cada historia

Victoria, desde la escena donde se asume como mujer de Alberto, por encima de su condición de Reina, no sólo logra que él le abra puerta de sus aposentos, el mayor valor es la metáfora en juego. Alberto llega por esa vía, por el amor de Victoria, a desecharla. Se viriliza con ella y sólo ella-en esto Victoria es una vagina dentada para él- llegando a darle nueve hijos. Y desde entonces operó la transformación por la cual, vía una adoración que ella comienza a profesarle, Alberto, en los hechos, llega a convertirse en rey de Inglaterra. Hasta que, consumido por el deber, el cumplimiento incansable y una honda tristeza que nunca lo abandonó, según Strachey consigna, muere tempranamente.

Su muerte fue el verdadero punto de inflexión para Victoria. El duelo que transitó duró largos años que pasó en total reclusión. No concebía la vida sin ese hombre que ella había entronizado con toda su devoción y a quien había erigido como un ser supremo, de un saber absoluto: “ahora no había explicaciones sencillas para cuestiones difíciles; ahora no había quién le dijera qué estaba bien o qué estaba mal”. (8)

No encontró modo de seguir en este trance sino imaginando todo el tiempo lo que Alberto hubiera querido, cómo hubiera hecho Alberto aquello o lo otro. Continuar con el trabajo que él dejara inconcluso fue la primera misión que se impuso; y la segunda fue imprimir en la mente de sus súbditos la magnificencia de su imagen. El Museo que le hizo edificar es testimonio de ello, el Royal Albert Hall.

Hasta que por fin llegó un día en que pudo “disfrutar de un buen desayuno sin pensar en lo mucho que le habrían gustado al ‘querido Alberto’ los huevos revueltos”.(9) Lentamente, su figura se fue desdibujando y su lugar llegó a ocuparlo la propia Victoria. “Su ser, que durante tantos años giró alrededor de un objeto exterior a ella, ahora cambió y se centró sobre ella misma”. (10)

Y, si bien nunca dejó de manifestarse indudablemente machista y férrea aborrecedora de los ya por entonces llamados derechos de las mujeres, que para ella constituían una locura perversa, si bien nunca dejó de creer que la función del hombre es proteger al sexo más

débil, lo cierto es que ella, con su vida, pudo ir más allá de la protección de su idolatrado Alberto y llegar a tomar sus decisiones de Reina en soledad. Lo sobrevivió cuarenta años más.

Encuentro en su etapa final algo de lo que Lacan escribe en 1960: “El hombre sirve de relevo para que una mujer se convierta en ese Otro para sí misma como lo es para él”. (11) El relevo del hombre, su mediación, le permite a la mujer alcanzar la alteridad radical que involucra su femineidad.

Y el hombre sirve, subrayo.

Muy diferente final es el de Isabel, entiendo yo que éste es indisoluble del desenlace de su historia con Essex.

Como ya conté ella era hija de un femicida. Pero lo que no dije es que lo idolatraba.

Así, la que estaba atravesada por la castración fue amada por su padre. La que no encontraba tope a su paso amaba a un violento.

El empoderamiento sin tope, pienso yo, desliza a la violencia. Para que tenga tope haría falta el amor.

Entiendo, tras mi lectura de la historia de Isabel con Essex, que la ausencia del padre produce violencia.

Arribo a esta idea en el momento de llegar a la escena violenta a partir de la cual se precipitó, en un efecto dominó irrefrenable, el final trágico para Essex.

Discutían con espectadores alrededor. Ella, desconociendo su opinión, lo contrarió. El, “fuera de sí, con mirada y ademán despreciativo le volvió la espalda. Ella, rápidamente, le golpeó con los puños en las orejas. “¡Idos al diablo!”, le gritó, encendida de cólera. Y entonces sucedió lo imposible. El insensato joven perdió completamente los estribos, y lanzando una sonora palabrota puso mano a su espada. “Es un ultraje-disparó en la cara de su Soberana-que no he de soportar. No lo hubiera tolerado ni de mano de vuestro padre”. (12) Alguien lo empujó, para interponerse. Ella se quedó inmóvil y se hizo un silencio terrible. Essex se precipitó fuera.

*No lo hubiera tolerado ni de mano de vuestro propio padre...*

No dejaba de resonarme. ¿Por qué Essex introduce al padre en la escena? Essex, unos cuarenta años más joven que Isabel, jamás conoció a Enrique VIII. La inclusión del padre



es simbólica. De ahí mi interpretación: en una lógica simbólica, en términos de presencia-ausencia, Essex hace presente lo ausente. Interpreto que Essex dice: “Si hubieras contado con la presencia de tu padre, no me hubieras agredido”.

Como dije, esta escena inaugura el final.

Luego de su fracaso en la campaña de Irlanda (debido a su propio estúpido capricho), la combinación de esta circunstancia con la comprobación del abandono a su propia suerte, más influjos a su alrededor que lo incitaron, le hicieron perder el juicio más aún como para intentar una rebelión, empecinado en que la Reina se doblegara frente a él.

Se consumó la traición.

“Había soñado alzarse contra ella (...) ¡Triste tendría el despertar! Podría convencerse de que ella era realmente la hija de un padre que había sabido muy bien cómo se rige un reino y cómo se castiga la perfidia de aquellos a quienes más había amado. Sí, ciertamente, sentía dentro de sí el espíritu de su padre, y en las oscuras profundidades de su ser se agitó una extraordinaria pasión al condenar a su amador a la misma muerte de su propia madre. En cuanto había ocurrido había una sombría necesidad de cosa inevitable, una horrorosa satisfacción; el destino de su padre se repetía en el suyo; era supinamente adecuado que Robert Devereux siguiese a Ana Bolena en el cadalso: ¡El Rey, su padre! Pero en escondrijos más profundos aún y más cerrados, sentía bullir conmociones aún más extrañas. Si había una semejanza, había también una diferencia; al fin y al cabo ella no era hombre, sino mujer; *¿y si se trataba quizá no de una repetición, sino de una venganza?* Tras todos los largos años de su vida y en aquella espantosa consumación, ¿era su asesinada madre la que había finalmente surgido? La rueda había dado la vuelta completa: Lo viril, lo masculino (...) había sido al fin derribado, y en la persona de aquel traidor sería arrancado de raíz.” (13)

Creo que es brillante la duda que Strachey plantea. ¿Identificación al padre o por el contrario, consumación del estrago materno en el retorno de la madre, por la identificación a un goce materno que retorna, insepulto, para concretar la venganza sobre Essex, el temido, nuevo, posible femicida y regicida, además?

De Isabel, sólo me queda decir que sobrevivió poco a la condena y decapitación del Conde. En un proceso de dolor furioso la vida la abandonó gradualmente y la Reina más amada por el pueblo inglés murió dos años después.

Para finalizar, tomando lo dicho por Lacan en la clase 7 de RSI, en cuanto al “anhelo que existe de que las mujeres ordenarían la castración”(14), subrayo que, justamente, es eso: un anhelo; una aspiración de que la mujer sea garantía de la castración pero que el fastidio

es que no la haya. Es decir que eso se cae. Y lo cierto es que, cuando de verdad se produce, provoca terror. La historia de Isabel nos lo ilustra y la clínica, de donde partí, lo trae.

### **Citas:**

- 1- Lacan, J.: “R.S.I” Seminario 22, clase 5, pag. 70. Versión Crítica. Edición Completa
- 2- Lacan, J.: Ibid. pag. 70.
- 3- Strachey, L.: “Reina Victoria”, pag 105, Editorial El Ateneo, 2014.
- 4- Strachey L.: Ibid, pag, 106.
- 5- Strachey, L.: Ibid, pag. 106-107.
- 6- Strachey, L.: Ibid, pag. 12-13.
- 7- Strachey, L.: “Isabel y Essex”, pag 29, editorial La Nave, Madrid.
- 8- Strachey, L.: “Reina Victoria”, pag. 197.
- 9- Strachey, L.: Ibid.,pag. 243.
- 10- Strachey, L.: Ibid.,pag. 243.
- 11- Lacan, J.: “Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina”,pag 710-711, Escritos 2, Edit. Siglo XXI, 1987.
- 12- Strachey, L.: “Isabel y Essex”, pag 198.
- 13- Strachey, L.: Ibid., pag. 305-306.
- 14- Lacan, J.: “R.S.I.” Seminario 22, pag 110.

### **Bibliografía:**

Lacan, J.: “Escritos 2”, Editorial siglo XXI, 1987.

Lacan, L.: “La Angustia”, Seminario 10, Editorial EFBA, para circulación interna.

Lacan, J.: “R.S.I.”, Seminario 22, Versión Crítica. Edición Completa.

Strachey, L.: “Reina Victoria”, Ediciones El Ateneo, 2014.

Strachey, L.: “Isabel y Essex”, Editorial La Nave, Madrid.